

lo largo del mar Caspio, el camino que le habían trazado los mismos enemigos en su invasión reciente. Si tal no hubiera sido su plan de campaña, no se comprendería que dejando sus tropas jónicas á la guardia del puente del Ister, les hubiera autorizado para volver á su patria si no volvía pasados dos meses; pero no encontró ante sí más que bandas fugitivas é incoercibles; no halló ciudades que destruir, ni plantaciones que devastar, y en resumen hubo de dejar vergonzosamente sus enfermos tras de sí y volver sobre sus pasos.

Durante su ausencia deliberaron los Griegos: ¿cumplirían estrictamente su promesa y volverían á sus tierras de Jonia, dejando al «Gran Rey» en lucha con los Escitas y el hambre y el invierno, ó salvarían el ejército de los persas, corriendo el riesgo de verle un día dueño de Grecia? Prevalció la última opinión, ya que todos los jefes jónicos juzgaron que sus intereses personales eran absolutamente solidarios de los del rey su aliado y amo. En calidad de «tiranos» de sus ciudades, ¿no tenían su poder por Darío y derribado éste, no serían derribados ellos mismos á su vez? ¿No se vería obligado el partido aristocrático á ceder las plazas y los honores al partido popular? Así se continuaban las disensiones de las ciudades en los campos, y esta vez tuvieron por consecuencia aumentar singularmente la fuerza de ataque de Persia contra los Griegos.

Esta campaña de Escitia, que hubiera podido fácilmente producir un desastre irreparable para Darío, se terminó, pues, estrechando el bloqueo que el rey de Persia y los tiranos aliados habían establecido alrededor de las ciudades donde el pueblo gozaba de participación en el gobierno. El choque se preparaba, y la significación profunda de los intereses en juego era tan bien comprendida, que, cuando estalló la guerra, causada por el resentimiento de Aristágoras, el tirano de Mileto, comenzó éste por renunciar el poder ante el pueblo reunido, é hizo proclamar de nuevo la isonomía ó igualdad de derechos entre los ciudadanos; después entregó, cada uno á su ciudad emancipada, diversos tiranos que había hecho prisioneros¹. Pero necesitaba aliados más poderosos que los insulares de las Cíclades y que los Jonios del Asia Menor que habían quedado todavía independientes; partió, pues,

¹ Herodoto, *Historias*, v. 37 y 38.

N.º 168. De Babilonia á la Escitia, de Cunaxa al Ponto Euxino



1: 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Ciro el Joven, sátrapa de Lidia, intentó destronar á su hermano el rey de Persia, Artaxerxes. Alistó mercenarios griegos, penetró en Mesopotamia, pero fué vencido y muerto en Cunaxa. El contingente griego, batido en retirada hacia el Norte, alcanzando después la mar Euxina, volvió á Grecia recorriendo el litoral. Xenofonte, que fué uno de los capitanes de la expedición, escribió su relato, que ha llegado hasta nosotros.

para la Grecia propiamente dicha, portador del primer mapa geográfico mencionado por la historia, la mesa de bronce sobre la cual Hécate de Mileto había trazado la forma del mundo conocido. Provisto de este documento estratégico, Aristágoras trató de demostrar á los «pastores

de los pueblos» que había llegado el tiempo de abandonar las pequeñas guerras intestinas, las expediciones de odio y de pillaje entre ciudades, y que era preciso dirigirse contra el gran enemigo, el rey de los Medas y de los Persas, y, si era preciso, atacarle en su capital, la distante Suza. Los Espartanos, más aristócratas que patriotas, negaron su apoyo, mientras el pueblo de Atenas, especialmente amenazado de sufrir la venganza del viejo Hippias, el Pisistrátida, desterrado en Persia, acogió las proposiciones de Aristágoras; pero con demasiada blandura, sin la energía que se ha de tener en los peligros supremos.

La flota persa se dirigió al Asia griega: ciudad tras ciudad, isla tras isla, fueron conquistadas por los sátrapas. Atenas quedaba casi sola, y Darío, nos dice la leyenda, había lanzado la flecha de su arco de guerra á las nubes del cielo para tomar á Ormuzd por testigo de su juramento de venganza. ¡Y sin embargo, su poderoso ejército vino á estrellarse contra los Atenienses en las llanuras de Maratón! Diez años de preparativos, durante los cuales prodigiosas fuerzas de ataque, tales como no se habían visto jamás sobre las riberas del mar Egeo, se reunieron contra la pequeña Grecia; la tierra estaba cubierta de soldados, un millón, dos millones de hombres, se dice; el mar estaba cubierto de barcos; los pueblos aterrados se prosternaban á su paso. Fué preciso abandonar Atenas, dejar á los bárbaros arrasar las viviendas y demoler los templos, y Xerxes triunfante había hecho erigir su trono en la orilla para contemplar cómodamente la destrucción de la flota donde se habían refugiado los rebeldes; pero éstos habían conservado para sí la confianza en sí mismos, la certidumbre de ser los más sagaces y los más inteligentes, y lo probaron en el estrecho de Salamina. En todas partes, por tierra y por mar, en Platea, en Micala, los invasores persas fueron rechazados ó dispersados, y los pueblos creyeron firmemente que los dioses, que el Destino había establecido entre Asia y Europa límites naturales, y de una parte y otra se temió franquearlos durante mucho tiempo. Conformándose con esa apreciación de las cosas, los enviados atenienses, inspirados por Cimón, estipularon con el sucesor de Xerxes que en lo sucesivo se comprometían á no atacar el imperio de los Persas si el rey prometía no hacer que entraran sus naves en el mar Egeo y



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

TESORO DE LOS CNIDIOS. VI SIGLOS ANTES DE J. C.
EXCAVACIONES DE DELFOS

retener sus ejércitos de tierra á lo menos á tres jornadas de la costa ¹.

Pero los acontecimientos que se sucedían no debían hacer que se olvidaran las jornadas en que se vió la derrota de los Asiáticos en las aguas de Salamina y en los campos de Platea. Por una singular ilusión de óptica, nos parece á los Occidentales que Maratón y las

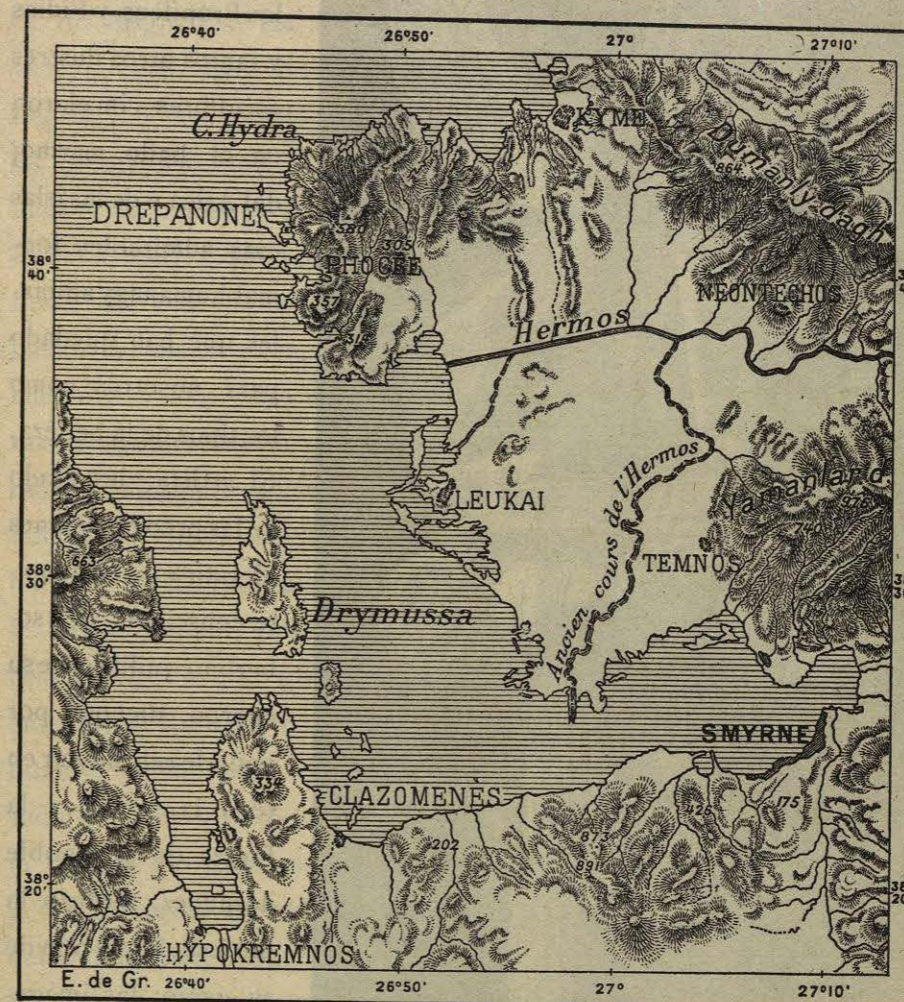
¹ L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 254 y siguientes.

otras batallas fueron hechos decisivos en que el genio libre de Europa triunfó definitivamente de las costumbres serviles que prevalecían entre los esclavos del «Gran Rey» y que no hubiesen dejado de contaminar á los vencidos. Sin embargo, esas memorables luchas no fueron sino simples episodios de un conflicto secular ó milenario, como lo había sido en otro tiempo la guerra mítica de Troya. Después había de continuar la lucha, pero no ya para asegurar el triunfo de la libertad, puesto que el Macedonio, vencedor de los Orientales, se hizo Oriental él mismo, por el fasto, el capricho y la servidumbre que impuso á los pueblos subyugados. Sin embargo, han de considerarse las victorias griegas como acontecimientos de la más alta y feliz significación, puesto que en esas batallas la fuerza queda en manos de los que representaban la voluntad libre, la iniciativa personal contra masas humanas sin pensamiento ni voluntad. Poseídos con perfecto derecho de la alegría del triunfo, los Griegos tuvieron conciencia de su individualidad nacional, de su fraternidad de lengua, de costumbres y de genio, pero Atenas cometió la falta de atribuirse una parte demasiado excesiva de la gloria común; casi llegó á querer para sí sola el triunfo, olvidando los Eginetas de Salamina y los Espartanos de Platea. Durante siglos no habló más que de Maratón: hasta cuando fué envilecida por la conquista, los retóricos atenienses osaban, ante el Romano Sylla, declararse descendientes de Milciades y de Cinegiro.

Al menos la orgullosa conciencia de la victoria obtenida en condiciones tan difíciles y contra un enemigo tan poderoso, dió á los Griegos, y sobre todo á sus representantes por excelencia, los Atenienses, una prodigiosa intensidad de vida. Cada soldado de Maratón ó de Salamina comprendió su dignidad de hombre, y, vuelto á su ciudad, pretendió para lo sucesivo el respeto de todos. Los descendientes de las grandes familias tuvieron que contar con las gentes humildes, de modesta genealogía, que habían combatido á su lado. Una mayor igualdad se estableció entre los ciudadanos, aun desde el punto de vista material, porque los propietarios aristócratas habían perdido sus cosechas á consecuencia del vaivén de las guerras, mientras que los combatientes de las clases inferiores habían ganado en bienestar por efecto de su participación en el botín. Hasta los más altos personajes, como Aristides, hubieron de ceder á ese impulso del pueblo de abajo

y reducir singularmente las prerrogativas tradicionales de los grandes. A propuesta suya fueron suprimidas las cláusulas que excluían la mayoría de los ciudadanos de los empleos superiores; todos los elec-

N.º 169. Fócea y el golfo de Smyrna



1: 500 000
0 5 10 15 20 25 Kil.

Smyrna podrá quizá evitar la suerte de Mileto. La desviación de la desembocadura del Hermos, cuyos aluviones amenazaban obstruir las inmediaciones de la gran ciudad, es una obra muy reciente.

tores fueron elegibles: la forma gubernamental perdió completamente su carácter aristocrático para convertirse en democrático.

Aquella fué la gran época de Grecia. Enriquecida por el comer-

cio y los tributos, Atenas llegó á ser la ciudad maravillosa de los



Cl. Giraudon.

ESFINGE DE LOS NAXIOS Y CAPITEL JÓNICO
EXCAVACIONES DE DELFOS, SIGLO VI ANTES DE J. C.

templos, de los teatros, de las estatuas. Entonces se edificó el Partenón, se elevaron los Propíleos, y Fidias y tantos otros ilustres escultores cincelaron en el bello mármol del Atica y de las islas esas admirables formas humanas y animales que han quedado para nosotros como los tipos de la belleza. El artista, despojado de las preocupaciones hieráticas, plenamente consciente del soberbio equilibrio de su cuerpo, dichoso por poderle reproducir en toda la gracia y la fuerza de una noble desnudez, alcanzó la perfecta liberación de su genio: las imágenes no tenían ya el aspecto rígido y frío de las primeras efigies talladas en madera. Los vestidos no caían en largos pliegues macizos pegados al cuerpo; la cabellera no se desarrollaba, rí-

gida igual, en ondulaciones paralelas, sino flotando agitada por el aire; los labios no se entreabrían en una tranquila sonrisa, antes al contrario, la vida animaba los rostros; la expresión, siempre noble, irradiaba de los rasgos y de las actitudes. El Griego, como artista evocador, había llegado á la comprensión perfecta de su propia naturaleza, divinizada en Zeus y en Atene y sabía darle una forma definitiva de incorruptible belleza. Al mismo tiempo, el pensamiento se manifestaba en la lengua más rica y más sonora: jamás literatura alguna se había producido con tanta profusión, esplendor y resonancia. Esquilo fué uno de los combatientes de la gran guerra, y Píndaro le había cantado; Sófocles, adolescente, dirigía el coro que se presentó ante los vencedores de Salamina, y, durante la generación siguiente, Herodoto refiere la memorable historia. ¡Y cuántos otros poetas, historiadores y dramaturgos, en todas las partes del mundo griego, sucedieron á esos grandes hombres en una maravillosa descendencia!

Sin embargo, el período de gloriosa hegemonía no duró mucho tiempo para Atenas. Las disensiones interiores, suspendidas parcialmente á causa del común peligro, se reprodujeron nuevamente cuando desapareció el peligro de los Persas. Por otra parte, los ciudadanos de Atenas no



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

ARES GRIEGO, CONOCIDO BAJO EL NOMBRE
DE MARTE BORGHESE

Bella época de la estatuaria griega.